

Cuando me contaste que estabas vivo

I

Carlos llegó ya muerto, aunque él aún no lo sabía. Algunos dicen que no, que fue aquí, entre nosotros, donde dejó de existir, pero también es cierto que de vez en cuando me encuentro con alguien que jura y perjura haberlo visto vivo. Mentira. Eso es mentira. Aunque ahora mismo se detuviera frente a mí seguiría muerto... aunque a lo mejor a estas alturas él ya lo sabría.

Recuerdo con nitidez el día en que llegó. Yo estaba en el bar, como casi todos nosotros, entreteniéndome con una colega francesa, o belga, no lo sé. Tampoco importa, la verdad. Tenía las tetas grandes y duras y, aunque esa no es una de las partes de la anatomía femenina que más me ponen, estaba hasta los cojones y me encapriché de ese par de tetas francófonas.

Llevaba el pelo bastante corto y desordenado, y tras unas pequeñas gafas de montura de pasta se escondían unos oscuros ojos verdes, tímidos, huidizos, hasta miedosos diría yo. La nariz era un poco larga y el chico era bastante flaco, quizás por eso parecía más joven, y ya entonces hacía tiempo que había cumplido los 30.

Mientras mi compañera me largaba lo que deseaba hacer cuando regresara a París, a Lyon, a Bruselas o a donde coño fuera, me tomé un momento para observar a Carlos, que era toda una rareza en un ambiente tan matado como aquel. Este chico venía de otro mundo.

Dejó un par de cámaras sobre la barra y pareció pedir algo —con cortesía eso sí— al camarero. Vestía vaqueros, camisa de algodón y un reluciente chaleco mil bolsillos. Y aunque desde donde estaba no podía verle el calzado, me hubiese apostado mi habitación (una de las mejores, todo hay que decirlo) a que se trataba de un par de botas de esas de hacer senderismo o alguna gilipollez por el estilo.

Las Nikon que con tanto mimo dejó sobre el mostrador eran casi tan nuevas como el chaleco. El cromado brillaba bajo la luz de los halógenos que iluminaban a Boris, el camarero —nuestro barman, amigo y confidente—. Hasta un ciego adivinaría que el chico era nuevo en estos fregados.

En eso sentí una mano que me apretaba el hombro y, entre un vaho de whisky barato, me susurraban:

—Me han dicho que ese es español. Así que a vos te toca hacer de niñera, Javier.

Y que le den mucho por culo a tu madre, Ariel, pensé. El puto argentino me tenía hasta los huevos con sus gracias, salvo cuando todos bebíamos mucho —y mucho era demasiado, generalmente—. Sólo entonces me reía cuando estaba con él. Me reía de su madre, de su hermana y me reía de la novia que nunca había tenido y que, desde luego, jamás se mereció.